



TEXTO: Ricardo Mora de Frutos

Las calles bulliciosas de un domingo por la tarde en Badarán, que convergen en la plaza del Ayuntamiento, compensan con su alegría una larga semana de trabajo de sus gentes y les preparan para una nueva semana llena de proyectos por cumplir. El merecido descanso semanal, la celebración de las fiestas de la Virgen y San Roque, una tarde en que la faena intensa ha concluido, son momentos en que se busca un descanso de la realidad cotidiana que un espectáculo como el cine será capaz de proporcionar.



Fachada y patio de butacas.



Fotografías: Amaya Martínez



Los chicos del pueblo esperan pacientemente en la taquilla, discutiendo sobre el puesto que dejaron marcado el día anterior para acceder a las preciadas entradas. Los mayores comentan lo que la película ofrecerá a tenor de los carteles que se exhiben en los soportales de la iglesia. Los vecinos de Cordovín, de Alesanco, de Cárdenas, llegan también atraídos por el actor de moda, por la guapa protagonista, por una pantalla grande que comenzará a llenarse de imágenes, colores y sonidos. Al franquearse el paso, los espectadores, ansiosos de ver la proyección, se dirigen hacia las mejores butacas de la sala, acaso algo desportilladas y esperando que llegue el momento de cambiarlas por otras más confortables y nuevas, mientras los niños perrechados de las chucherías adquiridas a la Rufa, ocupan la bancada más cercana a la pantalla, donde verán a su alcance las aventuras y los héroes que emular en sus correrías y en sus sueños, esperando que la censura no haya sido escrupulosa y se pueda ver algún furtivo beso en la pantalla.

Toda esta introducción, que podría ser un relato costumbrista de un cine de pueblo o una sinopsis de una película de Tornatore, es la imagen que el lector obtiene gracias al estudio

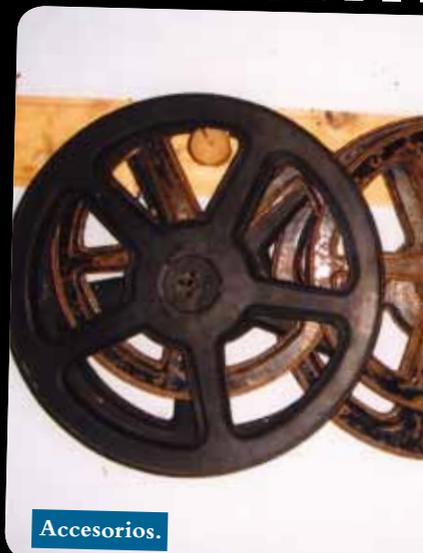
de Rosa Herreros *El cine parroquial de Badarán, lugar de imagen y palabra*, publicado por el Instituto de Estudios Riojanos. Un título revelador, especialmente en su segunda parte, puesto que nos ofrece desde la portada la revisión de algo que va mucho más allá de una simple labor de investigación documental: sino una muestra clara de que el cine se convierte en un elemento social y cultural, animador y educador, a partes iguales.

El cine parroquial de Badarán, en funcionamiento durante tres décadas, ofrece a las gentes del pueblo y de los alrededores no solo un entretenimiento diferente, sino, sobre todo, un punto de encuentro para las inquietudes que las dificultades geográficas, económicas, políticas y de cualquier otra índole no son capaces de mermar. Y es que, aunque se centre lógicamente

El cine parroquial de Badarán ofrece un punto de encuentro para las inquietudes que las dificultades geográficas, económicas, políticas y de cualquier otra índole no son capaces de mermar



Máquina.



Accesorios.

mente en la vida de la sala como cine –incluso de cine club, proponiendo un espacio para debatir sobre cuestiones de lenguaje, ideología y estética del cine– descubrimos cómo según las circunstancias y las inquietudes de quienes lo gestionan se convierte en una suerte de centro cultural en que tienen cabida reuniones, montajes teatrales, asambleas y reuniones, que revelan su función social abierta a las inquietudes de sus habitantes. Y es en ese contexto donde nos sitúa Rosa Herreros con su investigación, que no escatima todos los elementos para atestiguar cada afirmación sobre la dimensión humana del cine de Badarán.

Se convierte en una suerte de centro cultural en que tienen cabida reuniones, montajes teatrales y reuniones, que revelan su función social abierta a las inquietudes de sus habitantes

En no pocas ocasiones, la investigadora afronta la dificultad añadida de que muchos de los documentos han desaparecido o simplemente no se han conservado, y la solventa brillantemente con el testimonio directo de quienes han vivido en primera persona su desarrollo: hay momentos, podría aventurarse, en que una voz personal que ha sido testigo de un acontecimiento aporta más información y verdad que un simple análisis más o menos documentado. Y si ambos extremos se unen, encontramos un estudio vivo, sentido y a la vez válido para comprender la importancia social en un entorno determinado, como es una población de poco más de mil habitantes que encuentra en el cine una de las pocas posibilidades de esparcimiento.

En efecto, alternando un tono más académico y un tono más sentimental, son múltiples los frentes desde los que nos adentramos en las entrañas del cine de Badarán, y asistimos a todo el proceso que culminaba con la proyección de la película, pero que comenzaba mucho antes. Así, el libro se abre ofreciéndonos



Taquilla en el vestíbulo.

los detalles técnicos de la sala, propiedad de la parroquia: desde las condiciones precarias de las butacas, unidas de cinco en cinco o sueltas, hasta las características del proyector, al parecer de una calidad aceptable. No falta siquiera una mención a la construcción del edificio que albergaba dichas proyecciones hasta su demolición, que dio lugar al actual centro de día Cuatro Ríos.

De nuevo, el acierto de la autora reside en que, al consultar tanto las fuentes documentales como los testimonios orales, se suple la gran laguna de casi dos décadas en la que no existe posibilidad de contrastar los datos. Personajes como Pedro Rioja, párroco del pueblo y, como tal, alma del cine, en quien se encuentra gran parte de la labor de mantener y recordar lo que significó esta empresa, suponen un aporte vital para comprender las vicisitudes que debieron afrontar para que el cine de Badarán hallara continuidad y viabilidad.

En la faceta más puramente investigadora, el lector del estudio encontrará una profusa relación de documentos que ilustran el lado más burocrático del espectáculo cinematográfico. En efecto, las gestiones que hay que realizar, pese a la aparente familiaridad del cine, son complejas: desde la anotación escrupulosa de las entradas puestas a la venta y efectivamente vendidas a la obtención de las autorizaciones para la proyección. Asimismo, las gestiones para obtener los correspondientes permisos y cumplimiento de las formalidades que, incluso, motivaron en algún momento la suspensión temporal de las actividades del cine. Este

Las gestiones son complejas: desde la anotación escrupulosa de las entradas puestas a la venta y efectivamente vendidas a la obtención de las autorizaciones para la proyección



Aprobado en inocencia (1968). Actores y colaboradores.



La rosa del azafrán (1987).



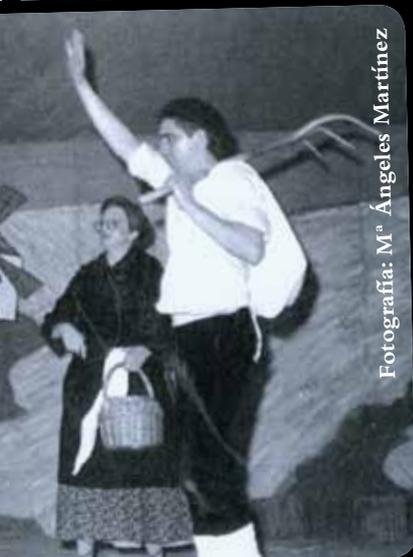
complejo entramado burocrático da cuenta de las dificultades que supone mantener un negocio de tal calibre en un entorno extraordinariamente limitado por múltiples requisitos legales. De todo ello existe una nutridísima ejemplificación gráfica, puesto que el lector encontrará, junto con los textos legales y contables del cine, impresos y manuscritos, una nutrida representación de carteles y programas de mano, incluso pertenecientes a los precedentes del cine parroquial que remontan a 1932.

A estos requisitos legales, la autora añade un completo repertorio de incidencias que de alguna manera condicionan la vida del cine. Las condiciones climatológicas, el férreo control de la censura y, sobre todo, las penurias económicas de una actividad claramente deficitaria, que apenas sí conseguía subsistir con la recaudación y con la organización de actividades paralelas como la tómbola, son solo algunos de los elementos contra los que hubo de luchar una empresa que, a pesar de todo, consi-

guió permanecer activa hasta que la evolución social y económica de la población suscitó la elección de otras actividades fuera del entorno de la localidad o, simplemente, más lúdicas o inmediatas. De este modo, entendemos en su plenitud el proceso de nacimiento, formación y decadencia de un ente vivo y avivador.

Como forjador de ilusiones, uno de los capítulos imprescindibles es el de el análisis de la cartelera, que en el volumen aparece profusamente ilustrada. No falta una nutrida nómina de los títulos que muestran una clara decantación por un estilo de cine popular y

El cine de Badarán sirve como modelo para comprender la educación sentimental -y en todos los ámbitos humanos- que supone el cinematógrafo allí donde no alcanzan otros medios



Fotografía: M.^a Ángeles Martínez



Fotografía: Gloria A. Alesanco

Escena de *La Malquerida* (1989).

de género, como es lógico en un marco cuyo destinatario principal es el público general. Sin embargo, la autora no elude hacer referencia a la ausencia de datos durante un largo periodo, aventurando cuáles podrían ser, a partir de los recuerdos de los espectadores, las películas proyectadas. De este modo, el cine de Badarán sirve como modelo para comprender la educación sentimental –y en todos los ámbitos humanos– que supone el cinematógrafo allí donde no alcanzan otros medios. Gracias a ello, Rosa Herreros actualiza y confirma la capacidad didáctica de un espectáculo más allá de lo que significó en su momento, dotándolo de vida presente.

Pero, posiblemente, el mayor valor de este trabajo escapa a una lectura superficial, que quizá se limitaría a un texto meramente para consumo nostálgico y patriótico de quienes conocieron en primera persona el objeto de estudio. Al contrario –y aunque el hecho de encontrarnos ante las entrañas del cine de Badarán nos hace sentir y vivir, sin la distancia artificial de otro tipo de

aproximaciones científicas, las emociones y las experiencias de los vecinos que lo vivieron–, seguramente el verdadero interés de esta aportación sea la constatación de que su intrahistoria es extrapolable, con sus peculiaridades y rasgos distintivos, al conjunto de los cines que, por toda la geografía riojana, consiguieron transportar a las gentes a lugares imaginarios, casi siempre sin hacer notar el denodado esfuerzo que supone mantener una empresa pareja. En este sentido, tanto el lector que lo ha conocido como el que se acerca a un hecho ya histórico descubre la idiosincrasia del cine español durante la dictadura y el advenimiento de la democracia, para lo que son especialmente útiles las valoraciones sobre el Nodo, la censura o los diversos modos de implicación de quienes encontraban en el cine un punto de referencia. Pero, sin duda, ese toque emotivo y personal vinculado con Badarán consigue romper muchas barreras, casi tantas como la mágica luz del proyector llenando de vida y pasión la blancura de la pantalla y forjando el mundo de sueños de toda una generación.